

# 1

«¿De qué hemos de tratar, sino de bailes? ¿Piensa, habla, se ocupa la high-life madrileña sino de fiestas y de saraos durante la temporada actual? Recógese todos los días de cuatro a cinco de la mañana, a descansar de las fatigas de ayer y a prepararse para las de mañana; y no hace sino abrir esquelas de convite y devolver tarjetas de agradecimiento.

Las damas, apenas abandonan el lecho, se entretienen en decidir su toilette para la noche; pasan revista a los guardarropas, abren las cajas que les han expedido de París, o reciben a las modistas de por acá que les han confeccionado adornos y abrigos.

En eso, y en dar una vuelta por el Retiro, pasan la tarde; después de la comida, corren al teatro Real, a dejarse ver en su palco por espacio de una hora, y luego se presentan en los salones —según decimos los cronistas— deslumbrantes de hermosura y de riqueza: esta es la frase estereotipada y de cajón.

He ahí la vida de la mujer elegante; he ahí el resumen de sus ocupaciones y de sus placeres».

*La Moda Elegante. Periódico de Señoras y Señoritas. 22 de febrero de 1881. Hemeroteca digital. Biblioteca Nacional.*

Madrid. Febrero de 1881.

Mientras atravesaba una galería en penumbras, solo alumbrada por la luz de la luna que entraba por los amplios ventanales, iluminando retratos de la familia Galván que se remontaban varias generaciones atrás, la silenciosa joven parecía haber salido de alguna de aquellas pinturas, tan hermosa y etérea parecía bajo el haz plateado. Su vestido era verde oscuro, muy ceñido el corpiño a la estrecha cintura y al comienzo de la cadera, con amplias faldas bajo las cuales crujían las enaguas. Sus manos, de largos y elegantes dedos, cruzadas sobre la cintura, demostrando apenas la excitación que la embargaba.

Al llegar a una puerta, apoyó una mano en el pomo y con la

otra se tocó el cuello, jugueteando con la cadena de oro de la que colgaba una esmeralda en forma de corazón. Sus dedos estaban muy fríos, en contraste con la piel tibia del escote y, bajo la palma, su corazón latía muy deprisa.

Estaba nerviosa, ella que si por algo se distinguía era por su carácter tranquilo. A lo largo de sus diecinueve años había vivido más que muchas personas que le doblaban la edad. Había viajado al lejano Oriente, había vivido temporadas sin la amada presencia de sus padres; también, y por unas semanas, había perdido a su gemela, secuestrada en tierra extraña; pero ella había mantenido la calma y había sido un bálsamo para el dolor y la desesperación de su familia. Las dos hermanas mantenían una unión especial desde antes de nacer, desde que se habían formado juntas en el vientre de su madre. Por eso durante aquellas horribles semanas podía tranquilizar a sus padres, decirles que su gemela estaba bien, que su vida no peligraba a pesar de las duras pruebas a la que había tenido que someterse. Pero ahora María Elena estaba muy lejos, en Bankara junto a su esposo, y quién sabía si desde allí podía percibir el latir agitado del corazón de su hermana.

—Es el momento —susurró en voz alta intentando darse ánimos. Se tocó el rostro con las manos heladas, cerrando por un instante los ojos. La luz de la luna acarició su frente y se reflejó en sus pupilas doradas cuando por fin abrió los párpados. Giró el pomo con decisión y dio un paso adelante, adentrándose en la biblioteca.

La única luz procedía de un quinqué depositado sobre una mesita. Al lado había un amplio sofá orejero en el que estaba sentado un hombre que leía un libro con evidente atención. Parpadeó un tanto desconcertado al abrirse la puerta y miró a la joven un largo rato, como intentando recordar.

—Perdone —dijo, poniéndose en pie—. Me temo que estaba absolutamente concentrado en mi lectura.

—No se disculpe —contestó la joven con una sonrisa de complicidad—. La biblioteca de los Galván, además de ser extensa, se precia de poseer volúmenes de gran valor, como he tenido el placer de comprobar.

—Así es. En realidad temo haber sido descortés con nuestros anfitriones abandonando así la fiesta para poder curiosear entre sus libros, pero es que realmente hace tiempo que deseaba consultar este ejemplar. —Señaló el tomo que había depositado sobre la mesita, al lado del quinqué. La joven intentó descifrar el título

de la cubierta, pero le fue imposible desde aquella distancia. El caballero, repuesto de la sorpresa de su interrupción, sonrió, dene-gando con la cabeza—. En fin, no pretendo aburrirla con mi interés por la literatura.

—No lo hace, en realidad es algo que compartimos. —La mu-chacha sintió que se ruborizaba bajo la mirada escrutadora de su interlocutor al oír estas palabras, pero confió en que la semipe-numbra de la habitación ocultara el sonrojo de sus mejillas.

—¿Acaso usted también ha huido del baile? No, no lo creo. Sin duda se ha perdido; esta casa es un verdadero laberinto.

—No, en realidad quería hablar con usted y he tenido la cora-zonada de que podría encontrarlo en la biblioteca.

—La acompañaré de regreso al salón de baile —dijo el caba-llero acercándose a ella con gesto decidido.

—No, por favor, debemos hablar en privado.

—¿En privado? —El hombre se detuvo, francamente contra-riado, y nuevamente negó con la cabeza—. De ningún modo, se-ñora. Usted y yo no tenemos nada que hacer en privado.

—Por favor, escúcheme.

—No quiero escucharla. Aprecio a su marido como a un her-mano y no pienso perder su amistad por un posible equívoco.

—¿Mi marido? Pero si yo no estoy casada.

—Sí lo está. Aunque me fue imposible acudir a la ceremonia de su boda, estuve en la residencia de verano de los Villamagna en Mondariz días antes de anunciarse su compromiso. Allí nos presentó Alejandro, ¿acaso lo había olvidado?

—Me confunde usted.

—Imposible. —A pesar de su enojo, de repente la mirada del caballero se volvió apreciativa—. No puede haber dos iguales.

—Me temo que sí. Quizá debería haber empezado presentán-dome. Soy la hermana de María Elena, la esposa de Alejandro Gal-ván. Mi nombre es Mercedes Montenegro. —La muchacha extendió una mano formal y el caballero la tomó, dudando aún.

—¿Es acaso alguna clase de broma? Estaba seguro de que Ale-jandro se encontraba en Bankara, pero empiezo a pensar que ha regresado y la ha enviado a usted para burlarse de mí.

—Créame, mi hermana y su esposo están en Bankara desde hace meses y no planean regresar en breve. Pero si aún duda de mi palabra, mis padres están en el salón de baile, después podrá saludarles y descartar así sus dudas.

—¿Su hermana?

—Gemela.

—Claro, gemelas. —El hombre se quedó pensando y de repente se dio cuenta de que aún sostenía la mano de Mercedes en la suya. Una sonrisa lenta se extendió por su rostro al tiempo que se inclinaba para besarla—. Permítame decirle que es un placer, señorita Mercedes.

—El placer es mío, señor Lizandra.

—Veo que usted jugaba con ventaja, puesto que conoce mi nombre mientras que yo ignoraba incluso su existencia.

—Alejandro me ha hablado de usted... —murmuró Mercedes vagamente. Dio unos pasos adentrándose en la habitación y se detuvo para curiosear los tomos que se apiñaban en el estante más cercano de la surtida librería. Luego se volvió al escuchar los pasos del caballero y lo observó mientras encendía otro quinqué al objeto de iluminar mejor la estancia. La nueva luz hizo brillar su cabello del color de la arena húmeda y se reflejó en sus ojos azules cuando se volvió a mirarla, antes de que ella misma se diera cuenta había dicho su nombre—. Damián —dijo, y al instante deseó haberse mordido la lengua—. Disculpe, apenas nos acabamos de conocer y no debería llamarle por su nombre, pero he oído hablar tanto de usted a mi cuñado, que me parece como si fuera de la familia.

—No se preocupe. En realidad, prefiero que me llame por mi nombre, cuando ha dicho señor Lizandra me ha hecho sentir muy mayor a su lado.

—Pero si no es así. —Mercedes rio—. Apenas me lleva diez años.

—Realmente le han hablado mucho de mí.

Esta vez Mercedes deseó que la tierra se la tragase. Debía de estar muy nerviosa para haber dicho tantas inconveniencias, una detrás de la otra. Decidió que lo mejor era tratar de una vez el tema que la había llevado allí, sin más rodeos.

—Lo que quería decirle... —comenzó dubitativa.

—Estoy deseando escucharla. —Damián Lizandra le hizo señas para que se sentase y él mismo se acomodó nuevamente en el sillón orejero en el que lo había encontrado.

—Espero que no me tache de chismosa si le digo que esta noche he podido escuchar la conversación que mantenía con otro caballero al comienzo del baile.

—¿Y bien?

—Decía usted que últimamente le aburrían las reuniones sociales, que habían comenzado a ser una... molestia, creo.

—¿Qué más decía? —preguntó el caballero inclinándose ligeramente hacia ella, como para oírla mejor.

—Según creí entender, parece ser que usted, digamos... se ha convertido en el... objetivo favorito de las señoras con hijas casaderas.

—Tiene usted muy buen oído.

—Debe perdonarme, sé que he cometido una horrible falta escuchando de ese modo una conversación ajena, pero me comprenderá mejor cuando le diga que me encuentro en una situación similar a la suya y que por eso me interesaban tanto sus palabras. —Mercedes tomó aliento al terminar de hablar y esperó unos instantes para ver la reacción del caballero, pero él continuaba sonriendo apenas, con ojos inexpresivos, como si la que mantenían fuera una charla de salón vacía y sin sustancia.

—¿No me querrá decir que es usted también el objetivo favorito de señoras con hijas casaderas?

—No, no, por supuesto que no. —Mercedes rio ante la ocurrencia—. En realidad, yo soy una de esas muchas hijas casaderas.

—¿Acaso está buscando su madre un esposo para usted?

—Mi madre y mi padre, y con verdadero ahínco, puede crearme. Los dos han decidido que tengo suficiente edad para tal propósito y, puesto que mi hermana ya está casada, y muy bien casada por cierto, y ya que gracias a nuestro repentino parentesco con la familia de mi cuñado, los Galván y los del Valle, todas las puertas de la alta sociedad se han abierto para nosotros, ellos están empeñados en que yo debo hacer un matrimonio similar o incluso superior al de mi hermana.

—¿Y usted no está de acuerdo?

Mercedes no contestó, simplemente suspiró y mostró sus manos desnudas al caballero, dejando caer los hombros con resignación.

—Bien, entonces debo estar de acuerdo con usted en que compartimos un problema muy similar. Ninguno de los dos desea casarse y las personas de nuestro entorno se empeñan en que sí lo hagamos.

—Lo ha resumido perfectamente.

—Pero sigo sin saber qué la ha traído hasta mí esta noche. —Damián Lizandra se removió en su asiento, demostrando cierta incomodidad.

—¿No comprende que podríamos ayudarnos mutuamente?

—¿Cómo?

—Creo que sus problemas se solucionarían rápidamente si se comprometiese.

—¿Comprometerme? —El caballero enarcó sus cejas doradas, desconcertado—. Pero eso es precisamente lo que no deseo hacer.

—Un compromiso falso. —Llevada por la emoción de ver que su plan podía llegar a realizarse, Mercedes extendió su mano de largos dedos blancos y la posó sobre la mano fuerte y morena que Damián apoyaba sobre el brazo de su sillón—. Si usted cortejase a una joven, una muchacha casadera de buena familia, e hiciese ver que ella le atrae, incluso que se ha enamorado, todas las demás jóvenes dejarían de acosarlo y pondrían sus miras en otro objetivo.

—¿Y quién es esa joven a la que voy a cortejar en falso?

Mercedes parpadeó haciendo refulgir sus pupilas felinas. Él no se lo estaba poniendo fácil, pero a aquellas alturas no iba a amilanarse por su fingida incompreensión.

—Yo, claro. De este modo, usted se libra de sus problemas y yo de los míos.

—Todo esto me está pareciendo una locura. —Damián separó su mano de la de Mercedes con la excusa de ajustarse el nudo de la corbata. De repente le parecía que en la antes helada biblioteca había comenzado a subir la temperatura, hasta el punto de que tenía la impresión de estar enrojeciendo bajo la intensa mirada de la jovencita que con tanto descaro lo había asaltado para hacerle una proposición que rozaba la indecencia. Deseaba poder tomarse aquel asunto a broma, pero sabía que de ningún modo podría reír más tarde con sus amigos tachando a la joven Montenegro de loca o descarada. Había algo en ella que hablaba de una inteligencia y discernimiento superiores, que unido a su delicada belleza la ponía en una altura demasiado elevada para convertirla en objeto de chanzas o bromas groseras.

—Le aseguro que no soy una demente. Hágalo por mí, se lo ruego; mis padres comienzan a presionarme de una forma insoportable. —Mercedes se puso en pie y caminó alrededor de la habitación frotándose las manos—. Hasta que mi hermana se

comprometió con Alejandro, yo vivía felizmente encerrada en mi casa, dedicada a mis libros, mis estudios e investigaciones; apenas tenía necesidad de salir de mi biblioteca. Sin embargo, en los últimos meses me han obligado a acudir a todas las reuniones, cenas, bailes... En fin, a todo acontecimiento social al que hemos sido invitados. Y han sido miles, a mi parecer.

—Pero eso es lo que hacen todas las jóvenes de su edad, y les encanta.

—A mí no. —Mercedes se detuvo ante él y, una vez más, apoyó su mano en la del caballero, suplicante—. Por favor, Damián.

Y, en aquel momento, Damián Lizandra tuvo la certeza de que estaba soñando. Sí, sin duda se había quedado dormido mientras leía su libro. Pero allí estaba ella: su mano suave tocando la suya, sus ojos dorados clavándose en su rostro, suplicantes. Hermosa hasta la perfección, como una estatua griega, con su cabello oscuro ligeramente retirado del rostro cayendo en ondas sobre sus hombros. Observó hipnotizado la piel de marfil que el amplio escote dejaba al descubierto, la esmeralda en forma de corazón que colgaba de una cadena de oro de su cuello, y la tentación de tocarla, de comprobar con sus manos si su tacto era tan cálido como aparentaba, fue casi irresistible. Se puso en pie, apartándose de la joven como si se tratara del mismo demonio, concentrando su mirada en un ventanal por donde entraba la luz de la luna llena.

—¿Y cuánto tiempo cree que podremos mantener la farsa? —se oyó a sí mismo preguntar, sin darse cuenta de que parecía aceptar el loco plan que Mercedes le proponía— ¿Qué harémos cuando todo se descubra?

—No serán necesarios más que unos meses —dijo Mercedes suavemente, como temiendo que él volviera a echarse atrás—. Mi padre es diplomático y está a la espera de un nuevo destino en el extranjero. Cuando esto suceda, toda la familia nos iremos con él.

—¿Qué sucederá entonces con nuestro compromiso?

—No lo sé, diré que discutimos, que no nos llevábamos bien, o tal vez lo mejor será decir que usted no me amaba lo suficiente —terminó la muchacha conteniendo el aliento ante esa última frase, Damián se volvió y la miró.

—¿Por qué ha dicho que sería lo mejor?

—Porque entonces podría decirles que mi corazón está destrozado y que nunca me volveré a enamorar. De ese modo quizá me dejen volver a mi vida de antes, a mis libros y a mi monotonía.

—Pero entonces me otorga un papel de villano.

—Oh, no, nadie más lo sabrá, solo mis padres.

—¿Qué hay de mi amistad con Alejandro Galván?

—Bueno, yo no podría ocultarle la verdad a mi hermana, así es que ella se lo contará a su esposo y él no tendrá nada que reclamarle.

—Ha pensado en todo, ¿verdad?

—Creo que sí.

Mercedes sonrió bajando la vista con humildad, pero tuvo que mirar a Damián a los ojos cuando este se acercó tanto que sus rostros casi se tocaban.

—¿Qué sucede si uno de los dos se enamora de verdad?

—¿Qué quiere decir? —preguntó la muchacha sin aliento.

—Usted es muy hermosa y lo sabe. —Mercedes intentó negar con la cabeza, pero Damián le sujetó el rostro con las manos—. Desde que ha llegado... No, mejor dicho, desde que he sabido que no era la esposa de Alejandro, he estado observándola con atención. Y si antes me he levantado bruscamente, huyendo del contacto de su mano, ha sido porque la tentación de tenerla entre mis brazos comenzaba a ser irresistible.

—Yo no...

—No, ya sé que no pretendía seducirme, pero lo ha hecho. —Las manos de Damián, cálidas, acariciaban su rostro, y la joven sintió que comenzaba a temblar cuando sus pulgares pasaron rozando las comisuras de sus labios—. Desearía besarla.

—¿Por qué no lo hace? —preguntó Mercedes a pesar de que las palabras apenas querían salir de su garganta.

—Es usted una inconsciente.

—No sé si lo soy, nunca me había visto en una situación semejante.

—¿Nunca la han besado?

—Sí, una vez —contestó sin dudar, al tiempo que el rostro moreno de Adnan, Sultán de Bankara, pasaba por su mente.

—¿Qué fue del hombre que lo hizo?

—Está muy lejos.

—¿La amaba?

—Tenía intención de pedirme en matrimonio.

—Pero usted no lo amaba.

—Me negué a hacerlo.

—¿Por qué?

—Era musulmán, tenía un harén lleno de esposas.

—Entonces, ¿es usted posesiva?

—Supongo que sí.

Damián sonrió ante su respuesta y, lentamente, separó sus manos del rostro de Mercedes al tiempo que daba un paso atrás, alejándose de ella.

—Ahora la llevaré de regreso al baile.

—No me ha dado una respuesta definitiva.

—No la tengo. —Damián extendió su brazo y Mercedes lo tomó dejándose conducir fuera de la biblioteca, a través de la galería donde los retratos parecieron observar con curiosidad a la pareja. Atravesaron varios pasillos y habitaciones, en absoluto silencio, deteniéndose el caballero al llegar al vestíbulo, antes de entrar en el salón—. Le informaré cuando me haya decidido. —Se inclinó formal ante ella, le besó la mano y se alejó por un pasillo, dejándola sola, envuelta en el sonido de la música y las voces que le llegaban desde el baile.

*Querida María Elena:*

*Esta noche he hablado con Damián por primera vez. Es tanto lo que sé sobre él, todo lo que tú me has contado y que has sabido por tu esposo, que en realidad creo conocerle de toda la vida.*

*Lo he amado desde la primera vez que lo vi, en la casa de Alejandro, la noche de nuestro compromiso, y sin embargo lo he evitado durante todos estos meses porque tenía miedo. Miedo de su rechazo, de su desdén. Alguien como él, de buena fortuna, atractivo, en edad casadera, es perseguido constantemente por las mujeres y de ninguna manera puedo permitir que crea que yo soy solo una más de tantas muchachitas enamoradas de su fortuna y su apellido. Yo amo al hombre, su cabello dorado, sus ojos azules, su sonrisa; amo todo su cuerpo, pero también amo su mente, su alma. He descubierto que tenemos intereses comunes, principalmente la literatura y el gusto por el estudio, y esos van a ser los ases de mi baraja. Sé que le he agradado físicamente, pero necesito mucho más para llegar a su corazón, y por eso estoy dispuesta a todo.*

*Te lo digo como lo siento: ha de ser él o ninguno, porque, al fin, siempre había creído que estaba destinada a ser una solterona.*

*Con mi amor,*

*Mercedes.*

## 2

Mercedes Montenegro entregó su tarjeta de visita al lacayo vestido de librea y aguardó en el elegante vestíbulo, con sus paredes tapiizadas en terciopelo verde, a que le anunciaran su llegada a la abuela de su cuñado, doña Milagros del Valle.

Hacía un mes que había estado en aquella misma casa, la residencia de la familia Galván, en la animada fiesta que había ofrecido Mateo Galván para festejar a su suegra, doña Milagros, por su aniversario. La noche en que por fin había conocido a Damián.

Ahora, en plena Cuaresma, las fiestas habían desaparecido de la vida social y las únicas salidas aceptables para una joven soltera eran a visitar a sus parientes o asistir a misa. Mercedes estaba tan aburrida ahora como antes había estado cansada de los incesantes eventos sociales. Pero desde aquella fiesta en concreto, además, se sentía en un perpetuo estado de ansiedad, esperando la oportunidad de volver a encontrarse con Damián Lizandra y recibir de él una respuesta a la descabellada proposición que le hiciera aquella noche.

El lacayo regresó, silencioso, y le indicó que lo siguiera hasta el saloncito donde doña Milagros recibía a las visitas. Desde el pasillo, Mercedes escuchó voces y comprendió que la abuela de Alejandro estaba ocupada. Se preguntó si había elegido un mal momento para llegar sin anunciarse.

—Pasa, querida, no te quedes en la puerta.

Sentada en un mullido sillón, vestida de riguroso negro con el único adorno de un collar de azabache y un relicario de oro prendido sobre el corazón, doña Milagros del Valle sonrió afectuosamente a la cuñada de su nieto, haciéndole gestos con la mano para que se acercara. Mercedes sintió que las piernas no le respondían. De pie, delante de la dama, con el sombrero en la mano y evidente disposición de despedida, estaba Damián Lizandra. Su pelo dorado brillaba bajo los rayos del frío sol de invierno que entraban

por los altos ventanales y sus ojos eran tan azules como el mismo cielo.

—Siento llegar sin anunciarme —acertó a murmurar la joven, paralizada.

—Esta es tu casa, niña, no tienes que cumplir ninguna formalidad conmigo. Además, bien sabes que me encanta que vengas a visitarme, sobre todo si traes carta de tu hermana. —Doña Milagros renovó sus ademanes y consiguió por fin que Mercedes diese los pasos suficientes para acercarse a su asiento—. Permíteme que te presente a mi ahijado, Damián Lizandra, que ha tenido la amabilidad de venir a saludarme. Damián, esta hermosa joven es la hermana de María Elena, la esposa de mi nieto. Su nombre es Mercedes Montenegro.

Damián se inclinó ante Mercedes y tomó la mano que ella le ofrecía, helada, llevándosela apenas a los labios.

—En realidad, ya nos conocíamos.

—Apenas —objetó Damián, haciéndole recordar que él había pensado que era su hermana—. Pero es un inesperado placer volver a encontrarla.

—Por desgracia, Damián abandona Madrid de nuevo. Me temo que no está en su carácter permanecer demasiado tiempo en el mismo sitio.

—Es usted injusta conmigo, son las circunstancias las que me obligan a estar en constante movimiento. —Damián sonrió con gesto encantador a su madrina, que parpadeó, coqueta como una colegiala.

—Tienes razón. —Doña Milagros ofreció asiento a Mercedes a su lado, y esta aceptó, acomodando con cuidado sus largas faldas y el complicado polsón que lucía. Nerviosa, cerraba sus manos sobre el diminuto bolsito que mantenía en el regazo, de tal modo que sus nudillos transparentaban las venas azules bajo la piel—. Por desgracia, el padre de Damián no goza de muy buena salud. Hace unos meses, nuestro querido joven estaba a punto de embarcarse hacia la Argentina cuando tuvo que volver precipitadamente a su casa familiar, en León, al recibir preocupantes noticias sobre don Julián.

—Un problema de corazón —añadió Damián con una sonrisa cortés dirigida a Mercedes—. Por suerte, ha mejorado mucho en las últimas semanas y su médico asegura que está en vías de una completa recuperación.

—Me alegra saberlo —dijo la dama, y Mercedes asintió, uniéndose a sus palabras.

—Pero ahora es el trabajo el que me llama: debo reunirme sin tardanza con los ingenieros extranjeros que trabajan en las vías de ferrocarriles en el norte del país.

—Damián está trabajando para la nueva Compañía de los Ferrocarriles de Galicia, Asturias y León —aclaró doña Milagros a la joven, que asintió con la garganta seca y el corazón desbocado. En su vida se había sentido tan cohibida y falta de conversación. Supuso que a esas alturas Damián Lizandra ya debía tener una pobre impresión sobre su capacidad de discernimiento—. Es cartógrafo.

—Lo sé —acertó a contestar Mercedes, y al momento maldijo por enésima vez su predisposición a decir siempre la verdad.

—¿Lo sabe? —preguntó el caballero, inclinando pensativo la cabeza hacia la derecha, provocando que un mechón de su cabello dorado le cayese sobre los ojos. Una lenta sonrisa se extendió por sus labios mientras la observaba—. Claro, se lo ha dicho Alejandro.

Mercedes asintió apenas, apretando la boca como para impedir que más palabras comprometedoras salieran de sus labios. En realidad había sido su hermana quien se había ocupado de indagar sobre la vida de Damián Lizandra, interrogando a su esposo para la diversión de este, que consideraba a su buen amigo un objetivo inalcanzable. Según contaba, cierta noche en la que los dos, aún muy jóvenes, habían bebido algunas copas de más en una fiesta, Lizandra juró que antes prefería atarse una rueda de molino al cuello y tirarse al mar que dejarse cazar por alguna de las adoceadas jovencitas casaderas que les rodeaban.

—Creo que deberías quedarte un poco más, querido, como deferencia a mi hermosa invitada. Ordenaré que nos sirvan un té inglés. —Doña Milagros agitó una pequeña campanilla de plata que había sobre una mesita a su derecha mientras requería a Damián para que volviera a sentarse.

—De verdad que lo siento, doña Milagros. Debo tomar el tren al amanecer y aún tengo que preparar mi equipaje para el trayecto.

—No tendrás muchas oportunidades de relacionarte con bellas y educadas jovencitas cuando te encuentres entre las gentes del ferrocarril, pero allá tú si estás dispuesto a desperdiciar esta oportunidad.

Mercedes inclinó la cabeza para disimular el rubor de sus mejillas; las palabras de la anciana dama le provocaban una cada vez más insuperable timidez.

—Como siempre, tiene usted razón, pero no hay nada que pueda hacer en este momento. —Damián se inclinó hacia doña Milagros, besándola apenas en la arrugada mejilla como prueba de la cariñosa relación que mantenían. Luego se volvió hacia Mercedes, saludándola con una leve inclinación de cabeza, con una formalidad que desmentía la sonrisa traviesa apenas oculta en sus claras pupilas—. Sin embargo, quién sabe cuándo el azar volverá a juntarnos y qué ocurrirá entonces.

—Creo que me debe una respuesta —se atrevió a decir en voz muy baja mientras doña Milagros hablaba con la doncella indicándole que acompañase a Damián a la puerta.

—Ruego que me perdone por poner la amistad que me une a Alejandro por encima de mis necesidades... Y de las suyas.

Mercedes seguía pensando en aquellas palabras y en el atractivo rostro de Damián Lizandra mucho después de que él se hubiera marchado y de que una criada joven, vestida con cofia y delantal de un blanco impecable, les hubiera servido el té y unos pastelillos para acompañarlo. Había jugado sus cartas y había perdido. La desilusión era como una capa invisible y helada que la envolvía, atenazándola.

—Realmente te ha causado un gran impacto el joven Lizandra —comentó doña Milagros, sacando a la joven de su abstracción.

—Yo... Bueno...

—Sí, lo sé, es un joven muy apuesto. Soy vieja, pero mi vista sigue siendo tan aguda como cuando tenía tu edad. —La anciana rió su propia ocurrencia, deteniéndose para beber un sorbo de su taza.

—Es usted muy traviesa. —Mercedes se unió a las risas de doña Milagros con desgana. La abuela de su cuñado le resultaba una persona encantadora y alguien con quien poder hablar como si una amiga de su propia edad se tratase. Lo cierto es que no había hecho buenas amigas en Madrid. Las jovencitas que conocía en la fiestas a las que asistía parecían tener en mente una sola meta: conseguir un buen marido cuanto antes, pisando en su camino hasta a sus más allegadas si se terciase. Apenas ninguna se dedicaba a la lectura, o por lo menos no lo confesaban en público, y sus únicas conversaciones eran sobre moda, teatro, fiestas y cuál era el mejor

partido de entre los hombres disponibles en el mercado matrimonial. De resultas, la única oportunidad que tenía Mercedes de ser ella misma y hablar de temas interesantes era escribiendo a su hermana o conversando con su anciana abuela política.

—¿Sigues odiando la vida de la capital?

—Por lo menos durante la Cuaresma no me veo en la obligación de asistir a veinte actos públicos al día. —Mercedes parpadeó exageradamente, resoplando en un gesto poco elegante que hizo sonreír de nuevo a la anciana—. Pero me aburro, la verdad. Por primera vez en mi vida, no sé por qué motivo, pasarme la tarde encerrada en una biblioteca repleta de libros no es suficiente para satisfacerme. Quiero algo más, y no sé lo que es.

—Necesitas un pretendiente.

—No bromea con eso. —La joven se llevó las manos a las mejillas como si la hubiera hecho sonrojar.

—A tu edad es normal que pienses en matrimonio e hijos, es el destino de una mujer. Sin la vida matrimonial se encuentra una vacía, sin metas en la vida.

Esta vez Mercedes no pudo estar de acuerdo con doña Milagros. Nunca había creído que el mejor de los destinos posibles para una mujer fuese contraer un buen matrimonio, pasar de ser la propiedad de su padre, quien tomaba por ella todas sus decisiones y mandaba en todos los ámbitos de su vida, a serlo de su esposo, quien decidiría donde vivirían, cuántos hijos tendrían y cómo se educarían; alguien que controlaría qué gastos podía llevar a cabo, alguien a quien tendría que pedirle permiso prácticamente para salir a dar un paseo o escoger el modelo que luciría cada mañana.

—A veces creo que una monja de clausura es más dueña de su vida que una mujer casada —murmuró siguiendo sus pensamientos ante la mirada interrogativa de la anciana.

—Ahora no me dirás que piensas tomar los hábitos. Sería una pena, una joven tan hermosa y llena de vida como tú, ir a enterrarte en un convento.

—No se preocupe, no lo he pensado. —Mercedes tomó un sorbo de su té, ya tibio, y sonrió conciliadora a doña Milagros.

—¿Sabes? Yo también estoy harta de Madrid. Alejandro me ha escrito pidiéndome que supervise las reformas de la casa de La Coruña, donde tu hermana y él piensan vivir cuando vuelvan a España, y creo que es exactamente lo que voy a hacer.

—¿Se marcha entonces? —preguntó la joven, desolada.

—Ven conmigo.

—¿Cómo?

—Acompáñame a La Coruña, entre las dos decoraremos la casa. Tú conoces mejor que nadie los gustos de tu hermana, y yo sabré darle el toque familiar que aprecia mi nieto. Vamos, será mucho más divertido que esta interminable Cuaresma.

—No sé qué dirán mis padres.

—Yo hablaré con ellos.

—No conozco a nadie en La Coruña.

—Pero yo sí. Allí vive mi hermana Dorinda de San Román, que tiene un gran círculo de amistades, y nos presentará a todos sus conocidos. Muchos de ellos tienen hijas o nietas de tu edad. Verás que pronto tendrás un gran grupo de amigas que te sacarán de esa melancolía.

—No estoy melancólica, doña Milagros.

—Entonces estás enamorada.

Mercedes quiso protestar, pero la mirada traviesa de la anciana de nuevo la hizo sonreír y pensó que por una vez le convenía guardar un silencio prudente.

—Verás cómo el aire del mar hace maravillas con nuestro cutis —añadió la dama, con lo que se dio por zanjada la cuestión.

Un criado del hotel se ocupaba de preparar el vestuario de Damián mientras él hacía lo mismo con sus útiles de trabajo, sus libros, sus mapas y demás objetos personales importantes.

Sobre el escritorio descansaba la última carta de su padre, llegada aquella misma mañana. Aunque insistía en que estaba completamente recuperado, también le informaba que su médico le había recomendado cambiar de aires y pasar una temporada en alguna región costera, tomando baños de sol y de mar cuando llegase el buen tiempo. Damián había decidido contestarle en cuanto terminase de recoger sus pertenencias. Buscaría las palabras para convencerle de que podía tomarse por una vez en la vida unas vacaciones aprovechando que el negocio de banca familiar funcionaba como un reloj bajo la dirección de los administradores. Sabía que su madrastra intercedería también para convencerle. En los dos años que hacía que su padre había vuelto a casarse, después de casi quince transcurridos desde la muerte de la madre de Da-

mían, su segunda esposa, Nieves, había demostrado no solo ser bella, culta y elegante, sino también atenta y cariñosa hasta la devoción. Y aunque él seguía recelando del matrimonio, deseaba de todo corazón que esta vez su padre tuviera la suerte que se merecía y que, si su corazón se lo permitía, viviese muchos años aún junto a su amada.

El criado había terminado y pidió permiso para dejar la habitación. Damián asintió distraído y continuó con sus papeles, percibiendo apenas el momento en que la puerta se abría y se cerraba. Fue el intenso olor a jazmín el que le hizo comprender que no estaba solo.

—¿Te marchas?

Ella frunció la boca en un puchero infantil, llevándose una mano al pecho, tanto para demostrar su aflicción como para tentarle a mirar lo que el generoso escote del vestido dejaba a la vista.

—He recibido instrucciones de la compañía de ferrocarriles. Debo presentarme en Vigo antes de que finalice la semana.

—¿Y qué haré yo? Me moriré si no regresas pronto.

Se le acercó con pasos lentos, extendiéndole, lánguida, sus manos mientras parpadeaba afectada. Damián pensó que el teatro se había perdido un gran talento desconocido.

—Quizá podrías dedicar algo de tiempo a tu esposo.

La vio dudar entre seguir con el drama o reír ante una propuesta tan absurda. ¿En qué oscuro momento la había encontrado atractiva? Ya ni podía recordarlo. Ahora hasta su perfume le repe-  
lía.

—¿No tenemos tiempo ni para despedirnos?

Se inclinó hacia él, ofreciéndole una visión aún más generosa de sus ceñidos pechos, a punto de escapar del corsé. Damián sintió un vuelco en el estómago, como cuando se ha comido demasiado y alguien insiste en ofrecer otro plato.

—No tengo ni un minuto que perder —aseguró, y al momento se arrepintió de ser tan brusco. Habían pasado algunos buenos momentos juntos y no se merecía que la tratase como a una meretriz barata. Ella no tenía la culpa de que, al final, todas las mujeres terminasen pareciéndole iguales. Falsas, intrigantes e inmorales.

—Me voy entonces.

Ante aquellas últimas palabras, había logrado recuperar un

poco de dignidad. Se enderezó, se colocó la redecilla del sombrero cubriendo su rostro y se giró hacia la puerta.

—Espera...

Damián la tomó por una mano, impidiéndole que se marchara. Con una seductora sonrisa, le bajó el guante para besarle la piel desnuda y sensible de la muñeca. Luego la acompañó a la puerta, la abrió y consiguió mantener la sonrisa mientras ella salía despidiéndose con un suspiro. El suyo hizo eco cuando la vio desaparecer por el pasillo.

No sabía qué retorcidos caminos de su mente le llevaban a enredarse una y otra vez con mujeres que parecían cortadas por el mismo patrón. Él, que tenía todas las razones para aborrecer más que nadie el adulterio, se dedicaba a contribuir alegremente en el crecimiento de vistosas protuberancias óseas en la frente de desgraciados esposos del norte al sur del país.

Pero visto que para nada le interesaban las jovencitas virginales, a las que respetaba por cuestiones éticas y morales, y dado que nunca caería en la trampa del matrimonio, solo le quedaba aceptar los favores que aquel tipo de mujer tan alegremente le ofrecía o pagar a una profesional para obtener un rápido desahogo. Otra opción sería el celibato, pero ya había descubierto hacía tiempo que no entraba dentro de sus posibilidades.

Una imagen se cruzó de repente en sus pensamientos. Un ángel haciendo su aparición en una biblioteca oscura y proponiéndole un juego peligroso. Había acariciado su rostro, pasado sus dedos sobre sus labios, ansiando tomarlos con su propia boca. La cuñada de Alejandro Galván, nada menos. Qué a tiempo había recuperado la cordura. Y aquella tarde, encontrarla en casa de su madrina. Demasiado complicado. Imposible. Ella era inalcanzable, un ángel acercándose a tentar a un demonio.

Por fortuna, él se dirigía a Galicia, a cientos de kilómetros de la capital. Pasaría mucho tiempo antes de que sus caminos volvieran a cruzarse. Tal vez nunca más lo hicieran.

Había pasado una semana exacta desde la proposición de doña Milagros, que de inmediato trasladó a los padres de la joven en unos términos a medio camino entre una orden militar y una petición de socorro emitida por una mujer anciana que apenas podía valerse por sí misma y que precisaba de la ayuda de su hija para

desenvolverse en una casa desconocida. Por supuesto, no pudieron negarse a complacerla.

Y en aquel momento, a media mañana, Mercedes tenía ya muy avanzado su equipaje, ventajas de haber madrugado, y bajó rauda a la sala cuando la doncella le anunció que tenía una visita.

—Mi suegra me envía para preguntar por tus preparativos. En realidad, creo que quiere cerciorarse de que no te vuelves atrás.

Mercedes extendió la mano a Mateo Galván, el padre de su cuñado, y dejó que se la besara con la galantería que le caracterizaba.

—En realidad estoy deseando partir. Madrid me aburre terriblemente.

—¿Cómo es eso posible?

Mateo se sentó en la silla que la joven le ofrecía, escuchando con gesto burlón los detalles que ella le daba sobre la vida en sociedad de la villa, lo aburridas que le resultaban las fiestas y demás saraos que se organizaban a diario antes de aquel periodo de Cuaresma, exceptuando quizá las funciones teatrales, y lo peor, las rondas de visitas, donde un día eras la visitante y otra la visitada.

—Fíjese que mis padres han salido hoy y Dios sabe a qué hora volverán. Yo he aprovechado la excusa del equipaje para no acompañarlos.

—Entonces le llevaré noticias tranquilizadoras a doña Milagros. Debo irme ya o seré yo el que no tendrá su equipaje a tiempo.

—¿Usted también viene a La Coruña?

—No podría dejar a dos damas tan hermosas solas en una ciudad en la que no tienen quien las cuide.

Mercedes rio encantada, acostumbrada a las bromas del suegro de su hermana. Habían forjado una buena amistad meses atrás, en una noche borrascosa, allá en el gran caserón de doña Milagros en Mondariz. El caso es que ella no lograba explicarse por qué se encontraba tan a gusto en compañía de Mateo; no era que viese en él una figura paterna, puesto que padre ya tenía y ambos hombres no podían ser más distintos. Era más bien una especie de complicidad, una confianza que él le ofrecía generosamente y que le permitía explayarse en su presencia y mostrarse tal cual era, sin los artificios que exigían la vida de la corte.

Mientras le acompañaba a la puerta, aún tuvo tiempo de regañarle por haberse quedado tan poco tiempo con ella.

—Pero si me acabas de decir que aborreces las visitas.

—Pero no las tuyas, bien lo sabe.

Mercedes lo despidió agitando la mano desde la puerta y luego corrió a su habitación, subiendo los escalones de dos en dos. Acababa de recordar que necesitaba una maleta más grande o no le cabrían todos los libros que quería llevarse.